

UNA NOTA SE DESPRENDE DEL INTERIOR DEL LIBRO AL
ABRIRLO...

Durante mucho tiempo estuve dentro de mi cabeza, desnudo y deforme, revuelto entre cientos de entes diferentes, en un lugar donde reinaba una indescriptible confusión y desorden. A veces sentía cómo te agitabas y tratabas de escapar de ese oscuro agujero en el que mis fantasías hervían, se mezclaban y desaparecían sin descanso.

Pero ya estabas ahí, conmigo. Destinado a acompañarme durante toda tu existencia. Sin mayor esperanza que la de un día poder, después de un sueño revelador, dejar tu rastro y que consiguiera recordarte. Ese día tardó en llegar, durante una tenebrosa noche de insomnio y pesadillas te revelaste, te definiste y te presentaste ante mí. Eras el culmen de todas mis fantasías, te formaste superando toda la vorágine de locura, desorden y despropósito que suponía mi imaginación.

Quién diría que desde ese día caminamos juntos de la mano, mejorando, definiéndonos y creando inmensos mundos y aventuras, salvándome de la triste y monótona vida que era mi existencia. Unido a mí por el destino, no tardaste en convertirme en mi otro yo, dentro de los vastos e inabarcables universos que visitábamos. Luchaste por mí y viviste cientos de vidas en mi lugar, ayudándome a superar los más terribles retos, dejando que me refugiara en tus aventuras cuando la vida de este lado no me daba tregua. Eres y siempre serás ese personaje que jamás dejaré que desaparezca y caiga en el olvido, mi querido amigo, pues te debo mucho más yo a ti que tú a mí.

Pero hoy estoy aquí para decirte algo que ya esperabas, de lo que estabas convencido, que ya sabías. Una vez más, como siempre has

hecho, no me has fallado. Tenías la total certeza de que no me equivocaría, de que debía relatar nuestras aventuras, intentar plasmar con letras tu gran historia. Y gracias a ti, volvemos a estar aquí, un día más, donde seguiré contando tus crónicas, donde daré a conocer al mundo tu segunda gran aventura y, poco a poco, todos sepan por qué Falmung no es solo un personaje de fantasía más, porque es ese enano que me salvó de la terrible y cruda vida corriente, para llevarme a perpetrar las más grandes aventuras y a deleitarme con cientos de vidas diferentes que, de otra forma, nunca habría disfrutado.

Y casi sin darnos cuenta, hemos comenzado la más colosal de nuestras hazañas, pues hoy, con este segundo libro, continua la publicación de tu saga.

Como ya te dije una vez, y nunca me cansaré de decirte, solo espero una cosa, mi querido amigo:

Que mi historia esté a la altura de tu leyenda...

José Luis Martínez Martínez



COLECCIÓN CRÓNICAS DE ISGRAMORT

Título: **Falmung y el Demonio del Horror**

2018, Primera edición

Diseño e ilustraciones de la portada: Arturo Mata

Autor: José Luis Martínez Martínez

Revisión y edición por: Editorial Tres Inviernos

©Falmung Fotografsh

© José Luis Martínez Martínez

©Editorial Tres Inviernos

ISBN: 978-84-948505-4-7

Depósito Legal: M-11569-2018

Impreso en España

www.editorialtresinviernos.com

Contacto: hola@editorialtresinviernos.com

Todos los derechos reservados

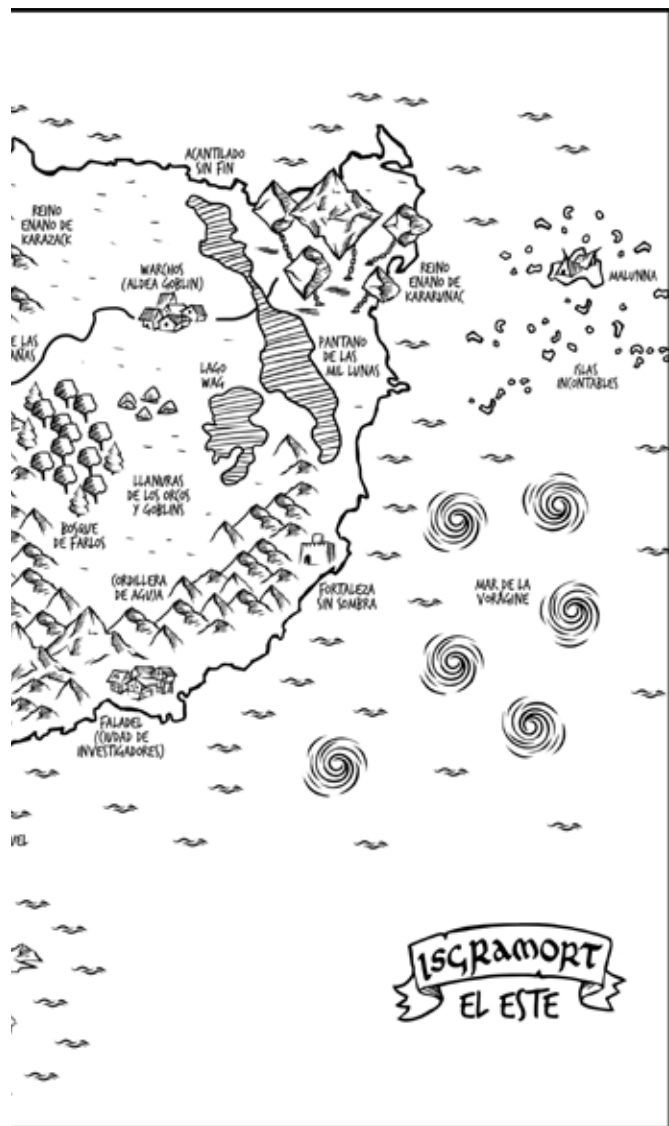
Nota del autor: Los hechos narrados en el presente título son acontecimientos ocurridos miles de años antes de la historia de *El Goblin: El Origen*, antes incluso de La Gran Guerra contra los oscuros. Y justo después de lo ocurrido en *Falmung y la Gema de Oscuridad*. Si bien no es necesario leer el anterior libro antes de leer este, es recomendable para entender mejor ciertos aspectos de la historia.

DESCÁRGATE LA BANDA SONORA DE FALMUNG
PINCHANDO AQUÍ

www.editorialtresinviernos.com/es/audios/falmung_y_la_gema_de_oscuridad








A Paula, mi gran amor...
Gracias por no permitir nunca que cayera al abismo,
porque sabes tan bien como yo, que en la mayoría de ocasiones,
los actos más heroicos los realizan personas normales...

INTRODUCCIÓN

 Las pequeñas llamas danzaban alegres al son de la ligera brisa que entraba por las rendijas de la ventana. La extraña habitación estaba adornada con infinidad de abalorios, símbolos y talismanes. Unos puestos sobre las repisas de madera y otros colgados con finas cuerdas del techo. A simple vista la cilíndrica estancia se encontraba abarrotada de objetos sin algún orden aparente.

En un rincón un poco menos saturado que el resto se podía apreciar un escritorio viejo y destartado. Una figura de anchos hombros y con una capucha cubriéndole el rostro se sentaba delante de él. Totalmente concentrada escribía en un volumen forrado en cuero:

PREFACIO

Las crónicas de Falmung son relevantes para entender el desarrollo de los acontecimientos que se dieron antes de la gran guerra y durante ella. Muchas leyendas se contarán, transformando y deformando los hechos que realmente ocurrieron. Así pues, en este segundo volumen, pretendo relataros su siguiente aventura, en la que

me mostré a él por primera vez, debido a una necesidad imperiosa e ineludible, viéndome obligado a surgir de las sombras, desde donde vigilaba expectante, para cuidar que todo se desarrollara como estaba previsto. En esta historia, donde Falmung y Kroyed casi vencen a un demonio del horror, esclareceré los hechos que llevaron al mundo a calificar a Falmung de asesino, torciendo la realidad hasta límites insospechados, pues a ojos de un niño, difícilmente se puede discernir entre lo que parece y lo que en realidad es...

—Estúpido orco, ¿para qué demonios escribes eso? —interrumpió su concentración una voz aguda y estridente—. ¿Crees que alguien lo va a leer alguna vez? Solo conseguirás perder el tiempo.

—Ya te lo he dicho, Tamprich, debo hacerlo —replicó otra voz mucho más grave y serena que la primera—. Debe quedar constancia de lo que ha sucedido realmente, no puedo dejar que la gente de Isgramort olvide la verdad.

—Ah, claro y ¿qué vas a hacer? —dijo la voz aguda en tono burlón—. ¿Ir a una ciudad con tus libros escritos al primer comerciante que te encuentres y decirle: «Hola, amigo, soy un orco, quiero ser tu amigo y vengo a regalarte estos libros para que la gente los lea?».

El orco se giró de golpe lanzando una mirada iracunda al pequeño diablillo. Este dio un leve respingo hacia atrás y la luz dejó ver su esmirriado cuerpo de color verde. Tenía la nariz puntiaguda, en sus ojos brillaban un iris rojo fuego y su cabeza acababa en dos pequeñas astas de color caoba. Una fina capa de pelo oscuro cubría su espalda y sus patas, que tenían una forma similar a los cuartos

traseros de las cabras, solo que más pequeñas. La cola del pequeño demonio se puso rígida esperando la réplica del orco.

—¿No te das cuenta? Si no hago esto, la gente olvidará, y si vuelve a ocurrir nadie sabrá cómo combatirlo.

—Como quieras, pero sabes que la gente no lee. Se dedica a sus quehaceres y vidas cotidianas —contestó algo más calmado el diablillo—. La lectura es el privilegio de unos pocos y, posiblemente, si alguien conoce la historia y está preparado, no será un héroe exactamente.

—No importa, el conocimiento puede legarse o transmitirse a quien pueda hacer un uso más acertado de él —dijo con decisión el orco.

En ese momento se dio la vuelta y, sin mediar palabra, volvió a sumergirse en la escritura de aquel manuscrito.

—Hombre, pero si es el pequeño Morgork. ¿Qué te trae por aquí jovencito? —saludó desde detrás del mostrador un goblin de aspecto mayor y deteriorado—. ¿Has vuelto a escabullirte de tu padre para venir a ver a este viejo comerciante?

En la entrada de la tienda se encontraba un joven goblin de estatura inferior a la media de su raza, de aspecto jovial y desenfadado. Tenía unas orejas picudas que apuntaban hacia su espalda y vestía unas ropas de piel llenas de remiendos. A su espalda colgaba una pequeña bolsa en la que parecía que portaba un libro.

—Sí —dijo divertido—. He venido a por otro de tus libros, me gustó mucho el último.

—Mmm... ya veo. ¿Te lo has terminado ya? Qué diligente eres para la lectura. A tu padre le gustaría que fueras así de rápido ayudándole en el campo —bromeó—. Bien, bien... Déjame ver que tengo por aquí.

El anciano se giró y comenzó a buscar entre las estanterías.

—El que te llevaste como se llamaba, mmm... *Falmung y la Gema de Oscuridad*, ¿verdad? —preguntó—. Imagino que querrás seguir con sus aventuras.

—¡Exacto! —dijo entusiasmado Morgork—. Me encantan los libros de aventuras y este en especial me fascinó.

—Bien, bien... Aquí está —dijo mientras sacaba un libro algo más grueso de la estantería. Tuvo que soplar para quitar la capa de polvo que cubría el título y se lo ofreció al pequeño goblin—. *Falmung y el Demonio del Horror*, este es el siguiente tomo.

Morgork agarró el libro con las dos manos y lo miró detenidamente. Era un libro muy antiguo, forrado en cuero envejecido con los años. El título no estaba escrito en tinta sino que parecía quemado sobre el cuero para así evitar que el tiempo lo borrara. El interior estaba totalmente escrito a mano, con una caligrafía fácil de leer, en el lenguaje común establecido después del tratado de paz de Isgramort, casi parecía escrito por un erudito.

—¿Cuánto cuesta este libro? —preguntó dubitativo.

—Tengo una idea en mente, mi pequeño amigo, y vas a ser el primero en probarla, a ver qué te parece. Tengo

muchos libros, un mar de conocimiento desperdiciado, pues hoy en día nadie está dispuesto a pagar por uno. Preferían esos nuevos cachivaches, como las bolas de cuero para ese extraño deporte, donde un montón de hombres y mujeres corren detrás de la bola dándole patadas... Ver para creer... —hizo una pequeña pausa, pensativo—. Así que he pensado en prestar mis libros. Todo el que quiera leerlo solo debe pagar el primero y tendrá acceso a toda mi biblioteca. La única condición es que, una vez terminado, tendrá que devolver el libro para coger uno nuevo. Así la gente podrá leer todo lo que quiera pagando solo el primer libro. Y tú en concreto ya pagaste el primero. Así que, si me devuelves el otro, podrás llevarte este. ¿Qué te parece la idea?

A Morgork se le iluminó el rostro.

—¡Por supuesto! —dijo, entusiasmado, mientras dejaba sobre la repisa el otro libro que llevaba con él—. Muchas gracias, de verdad.

—No hay de qué, jovencito, recuerda que el conocimiento es poder —dijo el tendero con una enorme sonrisa.

Morgork, antes de salir de la tienda, se detuvo en la entrada y se giró hacia el viejo goblin.

—¿Te puedo hacer una pregunta sobre el libro?

—Claro, pequeño —sonrió el anciano.

—Lo que cuentan estas páginas... ¿es cierto?

El tendero se mesó la diminuta barba y al poco dijo:


—Si te digo la verdad, el orco que pasó hace años por mi tienda y me los dio, dijo que eran las crónicas de un héroe que vivió hace mucho tiempo, que era su verdadera

historia y que la gente debía conocerla para no cometer los mismos errores que él.

» Parecía bastante convencido de su veracidad, aunque yo no sabría qué decirte. Solo sé una cosa: a veces la fantasía no es más que una serie de hechos reales, adornados con un poco de imaginación para hacerlos más atractivos. No hay que tomarlo al pie de la letra, por supuesto, pero generalmente toda historia de fantasía tiene su parte de realidad.

CAPÍTULO 1

UN NUEVO TRABAJO

 Los primeros rayos de sol comenzaban a despuntar a través de las ventanas de la habitación. Una alcoba bastante cómoda, con dos camas de mullidos colchones de paja, un pequeño lavadero con agua, una mesa cuadrada en una esquina y un armario de madera maciza, probablemente colocado ahí para guardar los enseres de los huéspedes.

Kroyed ya estaba levantado, colocándose el cinturón sobre la túnica y revisando su libro de conjuros, tratando de memorizar las palabras de su nuevo hechizo. Con delicadeza se acercó a su amigo Falmung, que todavía dormía profundamente entre estruendosos ronquidos, alzó el libro muy despacio y lo dejó caer en medio de la frente del enano.

—¡Hora de ponerse en marcha! —le gritó al oído.

Falmung se despertó sobresaltado, mirando con fijeza a Kroyed, gritando improperios y frotándose con fuerza la frente.

—¡Maldito magucho! ¡¿Qué infernal forma de despertar a un enano es esta?! —espetó mientras trataba de agarrarle, sin éxito, del pescuezo.

—La única que conozco para despertar a un enano que duerme como un tronco —le respondió Kroyed reprimiendo una risa.

—Un día se me irá la mano y luego te quejarás de que te la he cortado —le amenazó Falmung sin intentar disimular ni una pizca su enfado—. Verás cómo se acaban las bromas.

—Vamos... No te lo tomes a mal. Tenemos trabajo. Hemos dormido un día entero y creo que es tiempo más que suficiente para estar descansados —intentó excusarse el mago—. Además, nos esperan para nuestro siguiente trabajo —hizo una pequeña pausa mirando hacia la mesa—. Han traído pan, queso y leche para que comamos antes de bajar al patio —añadió, sabiendo que la mención del desayuno apaciguaría el temperamento del enano—. Deberías comer algo y asearte antes de bajar; aunque nos deben de estar esperando ya.

El enano se levantó entre reniegos.

—¡Pues que esperen! —gritó malhumorado y, acto seguido, se comió casi sin masticar un trozo de pan y de queso para después dar un largo trago a la jarra de leche, con tan poco cuidado que dos pequeños hilillos del blanquecino líquido recorrieron toda la extensión de su barba.

A continuación, se puso su peto y se calzó las botas.

—Ya estoy listo —dijo Falmung, seco, mostrando con claridad su enfado.

—¿No te vas a asear? —replicó Kroyed.

Falmung le lanzó una mirada confusa.

—Pero si ya me aseé hace dos semanas, antes de subir al barco. ¿Qué pretendes? ¿Que me lave cada semana? ¿Qué clase de obseso de la limpieza eres tú?

—¿Hace dos semanas? —respondió de forma casi automática Kroyed—. ¡La gente civilizada se asea cada día!

—Eso seréis vosotros, los humanos, que oléis fatal. El sudor de los enanos es inocuo, no huele apenas. Por eso no es necesario que nos lavemos tanto como vosotros, que apestaís a la mínima gota de sudor.

Kroyed soltó un bufido, hacía tiempo que se había dado cuenta de que era inútil discutir con él y no estaba dispuesto a entrar en un debate sobre ese tema.

—Bien, pues si estás listo, vayamos al patio —respondió, tratando de zanjar la conversación.

—Ves, ya lo decía yo —dijo triunfante el enano mientras se limpiaba con uno de los brazos la leche de su barba—. Los humanos no tenéis ni idea de limpieza, y mis argumentos son irrefutables.

—Sí, es cierto, tienes toda la razón —resolvió el hechicero con un tono condescendiente, buscando el fin de la discusión—. Vamos, ya llegamos bastante tarde.

Ambos recorrieron los amplios pasillos de la casa señorial. Falmung caminaba distraído, sin prestar especial atención a la exquisita forma con la que se habían deco-

rado tanto pasillos como habitaciones. Largas alfombras recorrían los corredores, cuadros de preciosos paisajes adornaban las paredes. Las puertas, que a simple vista se apreciaba que eran de robusta madera, tenían pomos dorados con filigranas decorativas.

Kroyed, mientras caminaban, estaba absorto contemplando la belleza del lugar, pensaba para sí mismo cuánto oro habría costado aquella mansión a la orden, haciéndose la idea de que, quizás, las personas más importantes e influyentes de Isgramort les estaban apoyando. Quizás su padre incluso aportara fondos. En ese momento sintió una leve satisfacción imaginando la mueca que haría su padre, si averiguaba que su hijo había pasado a formar parte de esta, contrariando sus intereses.

No tardaron demasiado en llegar al patio trasero de la edificación. Como el mago había previsto, ya les esperaban. Sigthfried no tardó en verles aparecer y, con una mano, les invitó a acercarse.

El espacio era enorme, la tierra batida llenaba cada rincón de aquel lugar, restos de paja para las bestias de carga adornaban las zonas cercanas a los establos. Una enorme multitud de guardias esperaba cerca del portón trasero y, a uno de los lados, se apostaba un grupo algo más reducido. Les acompañaba un anciano, vestido con una toga blanca y un largo bastón en la mano. Su rostro estaba arrugado por la edad y su semblante se encontraba enmarcado por una larga barba y cabellera blanca. Sigthfried estaba a su lado, esperando la llegada de los dos amigos, que no tardaron en dirigirse a su posición.

–Buenos días, amigos, espero que hayáis descansado bien, parecíais agotados –dijo, afable, pero con semblante serio–. Los preparativos para vuestro primer trabajo como miembros de la orden están listos.

–Veo que has conseguido dos nuevos reclutas y, por lo que parece, no son unos *cualquiera* –observó el anciano interrumpiendo la conversación.

–Perdonad mis modales –explicó Sigthfried–. Os presento a Eitmos, el archimago de la orden, la máxima autoridad en materia mágica.

Kroyed lo reconoció al momento, no era un archimago cualquiera. Conocía las historias y leyendas que contaban en la Torre de Magia sobre su persona. Era el gran Eitmos, el legendario mago que desterró a uno de los demonios mayores, que fue convocado por un error de un alumno negligente.

–Me alegro de volver a verte, Kroyed –indicó Eitmos, sonriente–. Sabía que un talento como el tuyo no tardaría demasiado en volver a destacar. Lo que me recuerda... –continuó mientras se giraba hacia la carreta que tenía a sus espaldas, buscando algo entre todos los trastos que esta contenía–. ¡Aja! Aquí está. Ten, esto es un regalo para ti –anunció mientras le acercaba un largo bastón de roble, coronado por un hueco que estaba claramente destinado para una gema.

–Es un bastón que potenciará tus poderes, Kroyed. Solo falta que lo corones con una gema mágica que sea capaz de representarte. Únicamente te pido que tengas cuidado, pues los poderes que ostentas, sin control, pueden ser fatales.

» Vi de lo que eras capaz y, si me permites decirlo, mi joven amigo, quedé impresionado ante tal muestra de poder. Tardé, pero finalmente lo entendí, estás lejos de ser un mago. Tú llevas la magia en la sangre, los poderes arcanos bañan tu ser como el sol baña la tierra al despertar. No tengo dudas, sé que perteneces a una clase de mago que creíamos extinta. —Hizo una pausa y se quedó pensativo, mirando al cielo—. Antiguamente los llamábamos *hechiceros*, usuarios de magia que no necesitaban años de estudio para usarla o controlarla, tan poderosos como la propia naturaleza, pues su alma estaba bañada por ella. Este bastón te ayudará con tu cometido, estoy convencido, lo único que lamento es no haberme dado cuenta antes de tu condición.

Kroyed aceptó el bastón, helado por lo que aquel gran mago acababa de decirle. Lo observó mientras lo sujetaba, no tardó en notar que un poderoso encantamiento se alojaba en él. Mientras tanto, Falmung estaba distraído de la conversación, había visto que algo en la carreta del mago se movía y estaba dispuesto a averiguar de qué se trataba.

—Muchas gracias, Eitmos, le agradezco enormemente su presente. Daré buen uso de él. Pero, sinceramente, yo no creo que sea uno de esos hechiceros de las antiguas historias —se sinceró el joven mago—. Realmente no conozco demasiado sobre la magia y desperdiicé gran parte de las clases que recibí, pues no presté demasiada atención.

—Eso no importa, tu magia no se aprende con libros. La tienes que sentir y, para eso, hay pocos profesores que

puedan ayudarte —dijo solemnemente el archimago—. Sigue tu camino y aprende todo lo que puedas. Sé que volveremos a hablar sobre esto y, quizás, en ese momento tú serás el maestro y yo el aprendiz.

—Gracias por los ánimos —dijo Kroyed, emocionado—. De verdad

Kroyed estaba francamente conmovido. Era la primera vez que alguien le alababa de esa manera, pues lo único que recordaba en su vida era recibir reprimendas sobre su poca disciplina y dedicación, por no hablar de sus extrañas inclinaciones a conocer todo tipo de magia. Su cabeza recordó el texto que tiempo atrás pudo leer en uno de los libros más interesantes de la academia, titulado *Orden y Caos. Leyendas mágicas de Isgramort*. A su mente volvieron aquellas palabras que tanto le llamaron la atención cuando las vio por primera vez:

Cuando la armonía entre los poderes arcanos de luz y oscuridad se vean amenazados. Cuando una de las dos fuerzas rompa el equilibrio. Los hechiceros renacerán y recuperarán las fuerzas de antaño para, una vez más, instaurar el orden mágico.

Sin embargo, no estaba seguro de formar parte de aquella increíble raza de magos. Eitmos parecía completamente seguro de su condición, algo que lo llenó de orgullo y satisfacción por dentro. Pensó que todo era gracias al casual encuentro con ese enano infantil e irreverente, ya que, si nunca se hubieran conocido, posiblemente no se habría descubierto su verdadera condición. En aquel momento notó algo en su bolsillo, una pequeña roca parecía que vibraba, reclamando su atención.

—Y justo sé lo que puede coronar este fantástico bastón —continuó mientras sacaba una redondeada piedra manchada de sangre, que colocó con suma delicadeza en el hueco del mismo, la cual, atraída por una fuerza invisible, se fijó a la perfección—. Ahora sí que está completo —añadió satisfecho.

—¡Eh, eh! No deberías jugar con una roca juramentada por un enano —dijo Falmung, volviendo a prestar atención a los dos magos al ver su piedra juramentada colocada en el bastón y sin entender muy bien qué significaba lo que había hecho su amigo.

—No te preocupes, Falmung, pues tu compañero no está mancillando tu juramento, sino que está haciéndolo mucho más importante, vinculándolo a su magia —le explicó con una amplia sonrisa el archimago.

Falmung lo miró confuso, no entendía nada de lo que le decían, era un galimatías para él. Pero, en ese momento, una criatura saltó de la carreta sobre el enano, tirándolo al suelo. Trató de zafarse, pero no pudo, era demasiado rápido. Algo le frotó la mejilla y entonces se dio cuenta de lo que tenía sobre él.

—¡Una cría de dragón! —espetó entre risas, mientras la pequeña criatura frotaba la cabeza con entusiasmo por su cara.

A Falmung siempre le habían encantado los animales y las criaturas a pesar de que la cultura de su pueblo no lo permitía. Le encantaba encontrarse y tratar de ganarse la confianza de las distintas criaturas que poblaban las cavernosas grutas de la cordillera de Pico Azul. Una vez

trató de llevar a casa a uno de sus pequeños amigos, pero no tardó en entender que las leyes enanas son rígidas e inviolables. Por suerte, decidieron no sacrificarla y tan solo la expulsaron de la ciudad. Aquel episodio lo recordaba con especial dolor, pues esa fue su primera falta para con su pueblo.

Falmung disfrutó de ese momento sin concesiones, tirado en el suelo con el pequeño dragón y jugueteando con él sin parar, viviendo lo que tantas veces había imaginado ante la atónita mirada de Kroyed, que trataba de ocultar la pequeña sonrisa de felicidad que le provocaba ver a su amigo retozando con aquella criatura.

—Por cierto, ¿cómo van tus investigaciones, Eitmos? —preguntó Sigthfried mientras Falmung continuaba jugando con la cría de dragón.

—La verdad es que muy bien —respondió satisfecho—. He conseguido averiguar muchísimas cosas sobre los dragones gracias al material que me trajisteis; pero, como os dije, es una verdadera lástima que tuvierais que darle muerte, sobre todo por los pocos especímenes que quedan vivos.

—Ya te dije que lo sentíamos, pero no tuvimos elección, nos atacó y solo nos defendimos. No teníamos un mago con nosotros que pudiera incapacitar a la dragona —explicó Sigthfried—. Suerte que encontramos a la cría escondida... De lo contrario, habría corrido la misma suerte que su madre a manos de alguna otra bestia.

—Bueno, lo hecho, hecho está... Siento que haya tenido que morir —lamentó Eitmos—; pero, gracias a que he

podido disponer de su cuerpo, he avanzado mucho en mis investigaciones sobre los dragones. Dentro de poco dejará de ser una criatura tan desconocida.

En ese momento Falmung dejó de jugar y se unió a Sigthfried y su amigo, quería escuchar las explicaciones que el archimago estaba a punto de dar, pues el campo de los dragones era una de las ramas de estudio más desconocidas de Isgramort, ya que jamás se había conseguido un espécimen completo para su investigación.

—Su anatomía es increíble —continuó el archimago—. Son máquinas perfectas de supervivencia. En el estudio que realicé para averiguar cuál era su secreto para poder volar con un peso tan desproporcionado, descubrí algo muy interesante, posiblemente ya lo sabréis —dijo como si todo el mundo compartiera sus conocimientos de la anatomía de las razas civilizadas—. Después de la ingesta de alimento, el estómago de toda criatura procesa la comida, usando unas sustancias que la disuelven y la convierten en los nutrientes que necesitan para sobrevivir. Bien, pues este proceso generalmente libera unos gases...

—¡¡Este mago estudia las flatulencias!! —vociferó el enano entre risas.

—Falmung, por favor —le reprendió Kroyed, enrojecido por el embarazoso momento—. Estamos hablando de un estudio serio, no estudia las flatulencias, estudia los gases que se producen al digerir la comida

—Pues, en mi pueblo, los gases que se generan después de comer, de toda la vida han sido flatulencias —dijo el enano entre dientes—. De hecho, en ciertas poblaciones es

una falta de respeto no soltar alguna después de una buena comida como señal de que has disfrutado del ágape.

Eitmos dejó escapar una pequeña risa ante los comentarios del enano, antes de volver a hablar:

—Es cierto, amigo mío —afirmó, dirigiéndose a Falmung—. En realidad no te equivocas, es algo así, pues los gases que genera la digestión de los alimentos son especialmente olorosos.

—¿Lo ves, magucho? Si al final tengo razón —le recriminó a Kroyed, que solo contestó con un bufido.

—Creo que empiezo a entender las palabras de Sigthfried al denominaros como *pintoresca pareja* —bromeó el archimago—. Bien, ¿por dónde iba? Ah sí, sí... Los gases. Cuando digerimos la comida se generan unos gases que, como tan bien ha explicado nuestro amigo Falmung, lo más habitual es liberarlos al exterior, para aliviar la presión.

» Pero los dragones son diferentes, no liberan esos gases, los acumulan. Lo descubrí al ver que su estómago estaba conectado a dos enormes cámaras que tiene a cada lado de su lomo y recorre por ambos lados toda la columna vertebral de la criatura. Después de varios estudios, he averiguado que el gas que genera la digestión es cientos de veces más ligero que el aire que respiramos, y comprobé que una tripa rellena de ese gas, convenientemente cerrada para que no escape, les otorga cierta capacidad para flotar.

—Entonces, has conseguido averiguar por qué vuelan los dragones, pero ¿de qué nos sirve para nuestro propó-

sito? –le interrumpió Sigthfried—. Si alguno de los dragones se corrompiera con la oscuridad necesitaríamos saber cómo vencerlos, pues el ataque de uno de ellos a una de nuestras ciudades podría ser fatal.

–Lo sé, ahora viene lo mejor –dijo el archimago—. Bien, pues esas membranas que tienen se rellenan de ese gas, lo que reduce su peso teórico hasta los niveles que necesitan para poder remontar el vuelo. Pero no todo queda ahí, pues ese gas tiene muchos más usos.

–Yo una vez, con mis primos y una antorcha... –comenzó a decir Falmung más para sí mismo que con la intención de interrumpir.

–¡Exacto! –exclamó entusiasmado Eitmos—. Ese gas es inflamable, me sorprende tu elocuencia, Falmung –añadió, sonriendo al enano—. Pues, a través de los conductos que tienen en su cuerpo, los dragones son capaces de drenar el gas y expulsarlo directamente por unas glándulas que tienen a ambos lados de la dentadura.

» Pero no termina ahí, pues su anatomía es asombrosa, sus últimos dientes son de un material similar al pedernal y al rozarse entre sí pueden crear chispas, que a su vez prenden el gas, generando su poderoso aliento de fuego.

–Por lo tanto... Si escupen demasiado fuego, después no son capaces de volar... –reflexionó Kroyed.

–¡Eso es! –contestó satisfecho el archimago.

–Entonces, si tuviéramos que enfrentarnos a uno de ellos, deberíamos provocar que escupiera todo el fuego posible –reflexionó Sigthfried—. Porque si agota sus reser-

vas de ese gas dejará de poder escupir fuego y tampoco podrá remontar el vuelo para escapar... Muy interesante.

—Correcto, por ahora es lo que he podido averiguar, pero sé que, gracias a este pequeñín —indicó Eitmos mientras acariciaba a la cría de dragón—, seguro que averiguaré muchas más cosas sobre ellos.

—Muchas gracias por tus estudios —respondió el caballero—, son realmente importantes para la orden. Necesitamos todo el conocimiento posible, antes de que llegue el momento —en ese instante se giró hacia los dos amigos—. Bien, señores, creo que es suficiente charla por hoy, el tiempo apremia y debéis partir hacia vuestro siguiente destino.

Ambos miraron a Sightfried, atentos a sus instrucciones. Mientras tanto, él se giraba y recogía una túnica corta de color morado, de mangas cortas y anchas, decoradas con runas doradas y una cota de malla y cuero, adornada con detalles de noble metal y hombreras reforzadas, junto a dos capas color oliva, perfectas para las noches oscuras y frías del camino. Se las dio a la pareja de aventureros y después dijo:

—Esto es para vosotros, una túnica nueva digna de un miembro de la orden y una cota de malla mejor que ese viejo peto de cuero.

Los dos agradecieron sus nuevas prendas mientras se las ponían al momento.

Falmung hizo un par de gestos, girando la cintura hacia los lados y moviendo los brazos en círculos, asegurándose de que la nueva vestimenta no le impedía el movimiento.

Eitmos miraba atentamente a los dos compañeros, como si estuviera escudriñando sus capacidades.

—¡Ah! Se me olvidaba... Vuestra paga por la misión —dijo Sightfried mientras les extendía una bolsa de oro a cada uno, que ambos recogieron y contaron alegremente—. Como ya os dije, estoy muy satisfecho con vuestro desempeño en el anterior trabajo que os encomendé. Así que he decidido confiaros esta nueva misión. No debéis tomarla a la ligera, es de vital importancia que recuperéis el grimorio.

» Debéis viajar al bosque de Odenhar, buscar la Torre Olvidada y recuperar el Grimorio negro —continuó el caballero—. Hemos dispuesto para vosotros dos monturas acordes a vuestras necesidades para el camino, pues deberéis viajar hasta el puesto avanzado del río. Allí os esperará Sorane, para incorporarse a vosotros, con un barco que ya está avisado, partiréis rumbo a Oromash, el pueblo que hay más cercano a vuestro destino.

—Y la localización de la torre, ¿se conoce? —preguntó Falmung.

—Nuestro agente, Sorane, podrá mostraros el camino, ya que no hace demasiado se encontraba por esa zona, investigando las actividades de la secta.

Falmung asintió mientras miraba a Kroyed, buscando su aprobación. Él no necesitaba más indicaciones. Quería partir cuanto antes ya que se encontraba algo incómodo entre gente tan culta.

–En las alforjas tenéis provisiones suficientes para varios días de camino, que será lo que tardaréis en llegar al puesto del río –les indicó el caballero.

–Muchas gracias, partiremos sin demora –anunció Kroyed, zanjando la conversación.

Ambos se acercaron a la salida trasera de la mansión, buscando las monturas que habían preparado para ellos. Una cosa les llamó la atención: la edificación contaba con una fuerte vigilancia, pues unas enormes murallas se alzaban imponentes alrededor de todo el terreno y cada veinte metros había una torre de vigía ocupada por dos guardias. Parecía como si aquellos guardias estuvieran preparados, esperando un ataque en cualquier momento, pero, ¿quién iba a atacar a plena luz del día, en medio de una ciudad repleta de guerreros y aventureros?

Dos figuras observaban cómo los amigos de alejaban por el camino.

–¿El bastón será suficiente? –preguntó interesado Sigthfried.

–Eso nunca lo sabremos –respondió el mago–. La magia es muy intensa en él. El encantamiento que he realizado es poderoso, pero... los hechiceros son como una fuerza de la naturaleza... No estoy seguro.

–Esperemos que no se percate del engaño... –dijo el caballero para sí mismo.